

Cocorí, un cuento inolvidable

Una noche dos niños piden a su padre que les cuente un cuento. El relato causa tal entusiasmo que noche a noche se va ampliando con nuevas aventuras para complacer al pequeño auditorio; fue ese el comienzo de **Cocorí**.

En 1947 se presentó la oportunidad: un concurso de la casa Editora Rapa-Nui en Chile; cinco días bastaron a Gutiérrez Mangel para transcribir al papel su único cuento para niños. El jurado le otorga el primer premio y la edición obtiene un éxito rotundo. ¿Qué mágico embrujo posee **Cocorí** que niños y adultos sienten placer al escucharlo o leerlo?

Joaquín Gutiérrez Mangel, crítico, periodista, traductor, novelista, poeta y cuentista costarricense; un algo de revolucionario y un mucho de intelectual autodidácto, narra las aventuras de un negrito en busca de la verdad, en busca de la razón por la cual el mundo "anda patas arriba"; en "busca del porqué una *Rosa*, que destila belleza y bondad vive sólo un día, mientras otros, los malvados animales de la selva o los añosos árboles del bosque, vegetan cientos de años... y encuentra más adelante la respuesta, "cada minuto útil vale más que un año inútil". Gutiérrez ha tomado esta idea, de un soneto de Quevedo que le sirve de epígrafe: "A breve vida nace destinada, sus edades son horas en un día".

Cocorí nació para ser oído, nació como un cuento tradicional y al plasmarse en la escritura conserva la vida y la fuerza sugestiva de lo narrado a viva voz. Para lograr esto, Gutiérrez Mangel utiliza innumerables trucos; enfatiza el tono de las voces; "y el grillo intervenía con su voz de falsete:—Cri, cri, cri, apúrate, Cocorí."; o repite vocales para lograr ciertos efectos: "—Estucurú, ¿qué buscas tú?"; o imita el sonido que se produce con la boca abierta: "—Quengo jolo quejientos años", o con la nariz tapada "—¿Qué hajemoj, oña Bodorra?". Los motivos que se repiten contribuyen al logro de ese propósito: el conjuro mágico para protegerse de las culebras, la canción que Cocorí pide al Negro Cantor, la pregunta del negrito acerca de lo efímero de las bellas.

El juego es trascendental en la vida del niño, no es para él una simpleza circunstancial. Salta del mundo que le rodea al imaginario sin apenas darse cuenta y construye ese mundo, no partiendo de la ficción pura o del absurdo, sino de lo cotidiano, de lo concreto: mamá Drusila es una negra que pellizca, cocina y ama a su hijo; Cocorí, un niño que debe ayudar ordeñando cabras, recogiendo leña, encendiendo y cuidando el fuego... Los pequeños son realistas, no admiten trampa en el juego ni falta de aventura en el éxito. Y Cocorí se lanza a lo desconocido, olvidando el mundo y el castigo

para conseguir lo que desea; siente angustia, desafía lo indeseable —el lagarto, la bocaracá, el bosque misterioso— y por fin encuentra su respuesta en el Negro Cantor y su premio en el rosal sembrado por mamá Drusila en el huerto.

La literatura infantil posee dos responsabilidades: validez artística, estética y validez moral, intelectual, práctica. El autor logra la primera mediante un estilo que se acomoda a la realidad de los niños, con un lenguaje específico y una sintaxis característica; mantiene despierta la imaginación; aviva y apaga el fuego de la curiosidad; concede exactitud a las detalles; presenta los centros de atención en rápida sucesión de cuadros, en que predominan las imágenes auditivas y visuales; da vivacidad al relato mediante el estilo directo ("—Ga jero hora— comentó halagado el Lagarto"), aunque no excluye el estilo indirecto libre, sobre todo cuando el protagonista presenta sus estados de ánimo ("**Pediría** al Pescador Viejo que lo llevara en su barca, **pasaría** a dar un beso a su flor a hurtadillas de mamá Drusila..."). Y emplea imágenes de gran belleza poética: "Con el sol matutino las sombras se prolongaban enormes por los arenales y venían a lamer las piernas de Cocorí". "Por la playa, con su paso lento, entrecerrando los párpados de corcho bajo el sol encandilador, se arrastraba doña Modorra como una joroba en la arena". "Y la tristeza plegó sus alas grises sobre su corazón". La segunda, la enseñanza moral o práctica, aparece como consecuencia natural de los hechos; no sólo plantea el problema medular de la rosa, sino que a su lado aparecen múltiples y variadas enseñanzas: La fugacidad de nuestra propia imagen; el descubrimiento de las cosas nuevas, la belleza y bondad contagiosas que hacen ver la vida "color de rosa", lo engañoso de las apariencias, la ventaja de la habilidad sobre la fuerza...

Cocorí, y en general la literatura para niños, presenta una serie de tónicos estrechamente relacionados con la psicología infantil: Personificación de los animales sin que éstos pierdan sus características propias —el tití a pesar de hablar como un niño, cuelga de la cola y sube a los árboles como un mono—; relación entre lo feo y gigantesco con la fuerza bruta y la maldad —don Torcuato y Talamanca—, y entre lo pequeño y hermoso con la bondad y la sabiduría —la niña - rosa—; colocación extratemporal y extraespacial de los hechos; alteración del espacio medible y del tiempo transcurrido (conceptos vagos para el niño). Los ejemplos más claros de este último aspecto se encuentran en el capítulo titulado: "Talamanca, la Bocaracá". Respecto al tiempo, tenemos que el autor afirma "Al tercer día do-

ña Modorra comenzó a dar señales de vida" y tan sólo unos cuantos renglones más abajo Cocorí se dirige a la Tortuga: "No, doña Modorra, ya no duerma más. Desde el **lunes** estamos esperándola y **mañana es domingo...**". En cuanto a las distancias, vemos cómo Tití, el personaje más ágil y rápido del cuento, partió hacia la cabeza de la culebra por **la mañana** y "en **la tarde** regresó muy agitado"; sin embargo, una vez que la tortuga se duerme, niño y mono deciden examinar la serpiente y "Así llegaron a la cabezota, **dos cuadras más allá**, chata y maligna". El niño es optimista y justo, siempre reclama un premio o un castigo: después de un ascenso lleno de pruebas, éxitos y fracasos, el desenlace es feliz.

Cada uno de los protagonistas de **Cocorí** tiene su personalidad, y a la vez, simboliza algo, simboliza los vicios y las virtudes de una sociedad constituida en este caso, por hombres y animales en un mismo plano doña Modorra, filósofa, maternal, algo perezosa y lenta, poseedora de la experiencia y el saber de 150 años de experiencia; Talamanca representa la vida vegetativa, la devastación y la ruina de lo que la rodea; el Negro Cantor, hombre de gran sabiduría, artista que vive en estrecho contacto con la naturaleza y casi se confunde con ella, negro que congrega a su alrededor toda la magia que encanta la mente de los pequeños; Cocorí ingenuo, curioso, cándido, aventurero, niño al fin; Tití; el prototipo de niño travieso, alegre, pícaro, el cabeza hueca que invariamente nos hace sonreír. Y los otros, los que apenas representan su oficio o sirven, de marco al cuento: el aguador con su cansancio y sus tinajas, el carpintero con aserrín en la cabeza y un martillo en la mano, el Pescador Viejo y sus historias; el campesino cuya única preocupación son los cultivos; y los quetzales, los alacranes "que apuestan doble contra sencillo", los gusanos con sus emes, la cacaatúa, el búho...

Y estos personajes enmarcados en un paisaje maravilloso: la playa, la selva, la laguna, el páramo, la choza de Cocorí; en un ambiente matizado por los alegres colores de las frutas tropicales, de las flores hipnóticas, de los adornos preciosos que regala el mar; por los sonidos melódicos de los pájaros cantores, las voces de falsete de los grillos, el ruido del vendaval, la flauta mágica del Negro Cantor; por los aromas de las flores, el olor nauseabundo del zorrillo, el tufillo del arroz con leche y por el dulce sabor de la miel... Con todo esto, Joaquín Gutiérrez Mangel, logra constituir un mundo cerrado y único: el mundo de **Cócorl**.

María de los Angeles Pérez Yglesias.